# FL 03 22

Lengua y literatura griegas 2, tema 24. Textos y comentarios sobre la época de Demóstenes vista por otros autores. Por los profesores José María Lucas de Dios, Pedro Balenas de la Peña y Concepción Morales Hotal, bajo la dirección de Francisco Rodríguez Adrados.

Hemos considerado conveniente hoy el dedicar enteramente la emisión a contemplar la realidad del siglo IV desde otros oradores como son Isócrates y Esquines. Como apoyo de lo estudiado en el tema 24 y en general de lo estudiado sobre Demóstenes a lo largo de la cuarta unidad didáctica. Con ello esperamos que se logre una visión lo más completa posible de las diferentes líneas de pensamiento y actuación política en el período más crucial de la época de la cultura helenística, al entrar en profunda crisis el régimen constitucional y los ideales culturales paideia imperantes en la Grecia del siglo V. Si recordamos lo que en las correspondientes unidades didácticas y ante este micrófono hemos ido explicando sobre el movimiento de la ilustración griega y sus decisivas repercusiones en los terrenos político y cultural a partir de los testimonios literarios, recordaremos que ningún arte se cultivó tanto como la oratoria.

Fue la sofística la que desarrolló al máximo el arte de la palabra, al ver en ello el mejor instrumento de dominio en relación con la política democrática. El discurso público se convirtió en una creación literaria tanto en su versión judicial, queremos decir, como en la política. A partir de ese momento la educación de la juventud en la oratoria llegó a ser la pieza clave para poder desempeñar un papel importante en la vida pública de la ciudad.

Es más, la oratoria se convierte inmediatamente en modelo de educación que influye decisivamente en otros géneros literarios, como la historiografía y la prosa en general. Por otra parte, la tradición posterior vio en los discursos públicos auténticas obras de arte dignas de conservarse, de ahí que la transmisión de las piezas más importantes y de los autores más significativos no se interrumpiera en la antigüedad. Entre los oradores del siglo IV, en la Ateniense y Sócrates, ocupa un lugar preeminente.

Este autor es importante por una serie de factores. Primero, debido a su dilatada existencia, pues vivió casi 100 años. Resulta un testigo de los decisivos acontecimientos griegos comprendidos entre el último cuarto del siglo V y el 338, fecha de la batalla de Cronea, momento en que se consuma la disolución de la ciudad-estado como institución primera en la vida política griega.

Y Sócrates funda en Atenas una escuela de retórica, a la vez que Platón abre su Academia, más o menos sobre el año 388. El mismo Platón, en su diálogo Fedro, alude expresamente a las grandes posibilidades que, según él, tenía Isócrates de dar a la retórica el nivel y profundidad necesarios, y dice así En mi opinión, por lo que respecta a los dones de la naturaleza, es decir, Isócrates, es mejor en sus discursos que Elisias y, además, en su temperamento moral tiene mucha más nobleza. De suerte que no sería nada extraño que al avanzar en su edad, en lo

tocante a los discursos de que ahora se ocupa, dejar atrás, como a niños, a cuantos jamás se han dedicado a la oratoria.

Y además, si esto no le bastara, a cosas mayores le llevaría un cierto impulso más divino, porque, amigo, una cierta filosofía ha inmersa por naturaleza en la mente de este hombre. Las esperanzas de Platón respecto a Isócrates no podemos decir que se cumplieran plenamente, pero sí es cierto que la escuela retórica de Isócrates fue la más célebre de Atenas. Isócrates no era un filósofo, sin embargo, constituye la prolongación de la sofística a la que desarrollaba con nuevas variantes.

Fue discípulo de Gorgias, cuyo relativismo mantuvo durante toda su vida. El sistema de educación de la escuela isocrática era una contrapartida y, desde luego, un complemento de las enseñanzas de la Academia platónica, en el sentido que las enseñanzas impartidas por Isócrates, basadas siempre en temas histórico- culturales y políticos, resultaban de una ampliación mucho más práctica que la línea teorética propugnada por la Academia. En el ideario de Isócrates, las huellas de su maestro Gorgias pueden seguirse perfectamente y de él recoge un punto que nos es particularmente valioso para todo lo que aquí hemos ido viendo en relación con Demóstenes.

Se trata del ideal panhelénico. Sobre la necesidad de tender a una mancomunidad de las ciudades helénicas, nuestro autor, en un primer estadio, se muestra inclinado por una colaboración estrecha entre los dos grandes polos de civilización, Esparta y Atenas. Con esto resucita, en parte, el viejo ideal de Simón, es decir, la consecución de un poder marítimo y terrestre para Grecia, considerada como un conjunto a base de la fusión de estas dos grandes potencias.

El medio para conseguir esa cooperación entre Atenas y Esparta lo ve Isócrates a través de una fórmula monárquica apoyada en un ejército eficaz. Este ideal de armonía o acción común necesita polarizarse en una empresa capaz de aglutinar en un solo esfuerzo intereses distintos y el mejor recurso para ello es explotar la hostilidad tradicional contra Persia, lo que le llevará a expresarse Sócrates así en este fragmento de su discurso panegírico. Nuestra hostilidad natural contra los persas es tan grande que las leyendas que con más sagrado nos ocupan son las que hablan de troyanos y persas y a través de las cuales nos es posible tener conciencia de sus respectivas contingencias.

Puede descubrirse que la guerra contra los bárbaros nos ha inspirado himnos, las guerras contra los griegos, trenos, y los primeros son cantados en las fiestas, mientras que los otros son objeto de recuerdo en nuestras desgracias. Este modo de pensar le llevó a Isócrates a mostrarse favorable en respecto a la política de unidad helénica proponida por Filipo de Macedonia, al que considera el único capaz de llevar a cabo esta tarea. Así, en su epístola a Filipo, dice creo que habrás observado cómo dirigen los dioses las cosas de los hombres, pues los dioses no envían de su mano a los humanos lo bueno y lo malo que a éstos les ocurre, sino que inspiran en cada caso a los individuos ideas diferentes.

Así, tal vez nos han puesto a nosotros como tarea el hablar y te han encargado a ti de obrar, porque creen que en el campo de la acción tú lo harás del mejor modo, mientras que a mí me será posible con el discurso molestar lo menos posible a los oyentes. El valor de un pasaje como el que se acaba de leer es importante, ya que determina a Isócrates como el descubridor del concepto histórico filosófico de que la historia la hacen las grandes personalidades, cuyas acciones se convierten así en instrumentos de la voluntad divina. Independientemente de lo que de erróneo pueda de haber en esta filosofía de la historia, lo que resulta válido es, en suma, el hecho de que Isócrates es el descubridor de la importancia de la personalidad en la historia.

Por supuesto que ello no es imputable únicamente a Isócrates, pero sí que es él el primero que formula esta teoría de una manera explícita. También merece atención la influencia de Protágoras en el pensamiento de Isócrates. Si de Gorgias hereda un determinado ideal político, de Protágoras procede su ideal pedagógico.

La educación y formación de la persona es, en el fondo, una cuestión de capacidad. Lo que hay que hacer es desarrollar lo que hay en germen en el hombre y proponerle unos objetivos. Isócrates cree que el hombre se ha ido haciendo a sí mismo desde las etapas más primarias hasta las fases más desarrolladas de la cultura.

En lo que atañe a la religiosidad Isócrates nos recuerda a Demócrito cuando considera la religión como un invento en tiempos primitivos de hombres prudentes que consiguieron así establecer unos principios morales, núcleo básico de la convivencia. Frente a la defensa desesperada de la total libertad de las ciudades-estado característica de Demóstenes, la corriente unificadora de los pueblos griegos está representada en la segunda mitad del siglo IV por Esquines. Ya antes hemos visto que un planteamiento análogo se dio con Isócrates.

Concluiremos nuestro programa de hoy con un bosquejo de la personalidad y significado de Esquines. El conocimiento de Esquines está estrechamente vinculado a la irreconciliable polémica con Demóstenes. Los datos más importantes para su biografía se encuentran sobre todo en los discursos demosténicos sobre la embajada y sobre la corona.

Esquines pretende, pertenece mejor dicho, al partido promacedónico de Atenas. En este sentido tuvo una participación directa en las negociaciones con Filipo y en las conversaciones sobre la anficcionía adélfica que llevaron a la guerra sagrada que a su vez creó las posibilidades para que Filipo interviniera en los asuntos de los griegos. Esquines como emisario de Atenas contribuyó a esta guerra.

De su producción conservamos tres discursos. El primero de ellos, el contratimarco, constituye la primera fase de la lucha contra Demóstenes, pues el tratado de paz de Filócrates en el 346 se había logrado tras las negociaciones de las dos embajadas que sucesivamente se habían enviado a Pela. La primera intentó que Filipo enviara embajadores a Atenas para tratar de la paz.

La segunda consiguió del mismo Filipo la ratificación del tratado. Con ello el partido pacifista de Esquines demostró más capacidad de negociación. En el acto acostumbrado de rendición de cuentas de la misión encabezada por Esquines a la vuelta de la embajada, Demóstenes le acusó de haber incumplido las instrucciones para la negociación.

Como acusador fue elegido Timarco, que perdió en el proceso ante el discurso de Esquines. La estructura del discurso contratimarco es muy sencilla. Un exordio donde se pone de manifiesto la extraordinaria importancia que en una democracia tiene el cumplimiento de las leyes.

Esto tiene una doble finalidad. Primero, enfocar Esquines a su defensa de la intervención judicial como un motivo patriótico. Por otra parte, hace un recorrido por las leyes relativas a la educación de los jóvenes y comportamiento de los mismos y los adultos, para así poder examinar la conducta de Timarco.

Tras la exposición de los textos jurídicos, se presentan los testimonios para aprobar la culpabilidad de Timarco. En la fase siguiente, la aperoración, se apunta especialmente contra Demóstenes, el principal defensor de Timarco, y se pone en guardia los jueces contra posibles subterfugios que éste pueda emplear para desviar la atención del jurado. Veamos una muestra.

Así nos dice en el párrafo 166 del contratimarco. Sin embargo, Demóstenes va a intentar cien digresiones. Sin duda que, para defender su causa, no recitará él maldades que podría irritar gravemente, pero si él introduce en su exposición cosas sin relación con el proceso y capaces de comprender los derechos de nuestro estado, podremos con toda razón indignarnos por ello.

En efecto, él va a poner sin cesar en el tapete a Filippo, sin olvidarse de asociarle el nombre de su hijo Alejandro. Demóstenes, en efecto, une a sus otros defectos el de ser un hombre sin tacto y sin educación. El discurso concluye con la insistencia que pone Esquines en las repercusiones que puede tener el veredicto del jurado del que, en definitiva, dependería no sólo la suerte del encausado, sino el valor y fuerza de las mismas leyes.

El segundo discurso conservado de Esquines es el de la embajada infiel, que constituye la segunda parte del pleito entablado a raíz de la embajada macedonia a que antes hemos aludido. La primera etapa concluyó con la derrota de Timarco, pero a los tres años continuó el proceso con la vista de la acusación del propio Demóstenes sobre la posible infidelidad en la gestión de Esquines a propósito de su embajada ante Filippo. En el periodo de tiempo transcurrido entre un proceso y otro, la paz de Filócrates se reveló contraria a los intereses atenienses, por lo que la situación de Esquines se hacía comprometida.

Conservamos los dos discursos paralelos, el de Demóstenes y el de Esquines. Existen ciertas divergencias entre ambos, pero ello puede atribuirse a factores de reelaboración posterior de cara a la publicación. El resultado de la votación fue ligeramente favorable a Esquines.

Por último, el tercer discurso conservado de Esquines, el contra Actesifonte, ya ha sido aludido aquí a propósito del discurso de la corona de Demóstenes. Es esta otra pareja de discursos que

nos permite perfectamente seguir todos los detalles de acusación y defensa a propósito del recurso entablado por Esquines sobre lo anticonstitucional de la coronación de Demóstenes en un lugar que no le correspondía y en pago de unos servicios a la ciudad que tampoco, a su modo de ver, eran tales. Es muy importante este discurso para comprender la pugna entre ambos rivales.

Distingue Esquines aquí cuatro etapas en la actuación política de Demóstenes. Le acusa gravemente de haber sido en realidad el responsable del desastre de Queronea y de estar, a partir de entonces, vendido secretamente a Alejandro. Tras presentar estos cargos, Esquines acude al efecto retórico de recordar el ejemplo de algunos ilustres defensores de los intereses de Atenas que nunca fueron coronados, concluyendo que la coronación de Demóstenes sería una deshonra para Atenas y un mal ejemplo para sus ciudadanos.

La réplica de Demóstenes, ya comentada en la emisión anterior, hizo que Esquines no consiguiera apenas la quinta parte de los votos, con lo que la ley le condenaba a una multa por fracasar su moción de ilegalidad, que además le impedía entablar acciones semejantes. Esto supuso el fin del papel político de Esquines y determinó su marcha definitiva de Atenas.